



## FICHA DEL LIBRO

Espectra. Descenso a las criptas de  
la literatura y el cineAUTOR  
*Pilar Pedraza*EDITORIAL  
Editorial Valdemar. Colección Intempestivas. Madrid 2004. 374 páginas

Desde *La bella, enigma y pesadilla* editado por Tusquets, Pilar Pedraza, profesora de la Universidad de Valencia, investiga sobre la representación de la misoginia en el arte deteniéndose de una forma especial en su representación cinematográfica. Este estudio sobre la misoginia constituye una trilogía que empieza con el libro que mencionábamos al principio, continúa con *Máquinas de amar: Secretos del cuerpo artificial* editado por Valdemar en el año 2000, donde estudia a las bellas artificiales, las muñecas como juguete erótico y sustitución obscena de la mujer; y finaliza con *Espectra*, que dedica su estudio a las muertas, deteniéndose con especial atención en las revenants, las que regresan, porque según Pilar Pedraza, Ella siempre vuelve desde la posición de novia, amada ideal, o madre.

*Espectra* se divide en diez capítulos. En cada uno de ellos estudia las distintas manifestaciones de la mujer muerta en la literatura y el cine, y analiza la fascinación que ejerce sobre los autores y los receptores. Desde la introducción Pilar Pedraza anuncia que su libro no pretende ser una pesada obra teórica sino el recorrido a través de un museo en el que se exponen estas mujeres muertas, vampiras, madres, resucitadas... para descubrir en qué consiste ese irresistible poder de seducción.

El recorrido de Pilar Pedraza comienza con los hombres que terminan con la muerta entre los brazos y titula así el primer capítulo. El primer encuentro de Pilar Pedraza es el de la amazona griega, exhibida en los frisos, en estatuas, o en grabados de cerámica, donde la amazona aparece derrotada por el héroe. Entre otros mitos la autora recoge el de Aquiles y Penteseilea, donde Aquiles lucha contra un duro contrincante que oculta su rostro tras una máscara y cuando finaliza la contienda con la victoria de Aquiles, este retira la máscara de su rival y descubre que se trata de una mujer, Penteseilea hija de Ares.

En su repaso continúa con la obra de Heinrich Heine *Noches florentinas* (1836). Pilar Pedraza aprovecha la ocasión para señalar el carácter siniestro que encierran las madres del romanticismo, ya que estas constituyen las puertas por las que entramos en el mundo frente a la muerte que es la puerta por donde salimos. Tras esas puertas se encuentra la nada. En esta novela Maximilian tiene que cuidar de una joven enferma y aprovecha para narrarle historias de su infancia. Entre otros relatos recuerda el viaje con su madre a una finca en la que hay una casa en ruinas y varias estatuas mutiladas menos una, tirada

sobre el césped, y que representa a una mujer. Cuando llega la noche Maximilian siente miedo de la estatua y avergonzado se arma de valor, sale al jardín, se tumba al lado de la estatua y la besa en los labios. La frialdad de la estatua se queda grabada para siempre en Maximilian. Pilar Pedraza señala la relación edípica entre la experiencia con la estatua, la situación vivida con la madre, y la metáfora con el cadáver femenino, subrayando que el relato esta teñido de necrofilia.

Pilar Pedraza recuerda varias obras literarias en las que el protagonista tiene que recorrer una casa con una muerta entre los brazos, por ejemplo en Sonata de otoño de Ramón María del Valle-Inclán, y señala que desde la perspectiva psicoanalítica la casa representa el cuerpo femenino. Por último, la autora encuentra en Abismos de pasión (1953) de Luís Buñuel, el regreso de entre los muertos de Catalina, si bien en esta película se trata de una alucinación de su amante Alejandro poco antes de morir de un disparo.

En el segundo capítulo Pilar Pedraza se detiene en el regreso de la mujer desde su tumba, y reflexiona sobre la violencia con que el arte representa el regreso de entre los muertos, ya se trate de un hombre o de una mujer. Entre otros casos se centra en la resurrección de Lázaro por parte de Jesucristo, y señala entre otras obras la novela Lazarus (1927) de Leonidas Andreiev donde se narra la ficción de la vida de Lázaro marcada por el pathos y el rechazo de ser un cadáver en vida después de que Jesucristo le resucite. Pilar Pedraza señala dentro de esta temática La resucitada (1908) de Emilia Pardo Bazán donde Dorotea vuelve a la vida o se reanima de forma natural, pero en cualquier caso sus familiares al verla sienten terror en vez de alegría. No despertéis a los muertos (1823) de Joseph Ludwig Tieck, La caída de la casa Usher, Ligeia y Leonor (1840) de Edgar Allan Poe; la película Ordet (1955) de Carl Theodor Dreyer, Yo anduve con un zombi (I Walked With a Zombie, 1943) de Jacques Tourneau o la

novela La mujer fría (1922) de Carmen de Burgos constituyen el cuerpo del capítulo dedicado a las que regresan.

La autora encuentra que la representación del cadáver femenino también resulta una expresión artística de los consuelos de un viudo. Recuerda que en la cultura griega las estatuas representan al difunto y procuran su presencia en el mundo de los vivos, constituyendo un signo ambiguo de presencia y ausencia, vida y muerte. Entre las películas cinematográficas dentro de este subtema, Pilar Pedraza recuerda No es bueno que el hombre este solo (1973) de Pedro Olea, La habitación verde (Le chambre verte, 1978) de François Truffaut, Rebeca (Rebecca, 1940) y Vértigo (Vertigo, 1958) de Alfred Hitchcock o Solaris (1973) de Andréi Tarkovski.

La mujer vampiro ocupa un puesto relevante en el libro dedicándole cuatro capítulos. En primer lugar Pilar Pedraza recuerda la figura mitológica de la Empusa relacionada con el mundo de los muertos, se transforma en diferentes animales a conveniencia, o en mujeres que chupan la sangre de los más jóvenes para alimentarse. La autora recuerda en este mismo libro que el barco que lleva a Nosferatu hacia la civilización en la película de Murnau Nosferatu, Una sinfonía del horror (Nosferatu, eine Symphonie des Grauens, 1922), recibe el nombre de Empusa y revela que la mujer vampiro no es fruto de la novela Drácula de Bram Stoker, sino que se encuentra presente en la literatura con anterioridad. En Drácula la mujer se subyuga hacia un tirano del mal, un príncipe de las tinieblas, es el caso de Mina Harker personaje que la autora analiza en tres obras: la novela de Bram Stoker, y las versiones cinematográficas de Francis Ford Coppola, F.W. Murnau, Tod Browning y Werner Herzog. También hace un breve estudio de la novela La dama del sudario (1909) de Bram Stoker, La Guzla (1827) de Prosper Mérimée y La familia del Vurdalak (1884) de Alexei Tolstoi.

La autora dedica un capítulo al carácter lésbico que se le ha dado a la vampira en

el arte, poniendo como ejemplo la balada *Christabel* (1797-1801) escrita por Samuel Tylor Coleridge, *Carmilla* (1871) de Joseph Sheridan le Fanu y su adaptación cinematográfica *The Vampire Lovers* (1970) de Roy Ward Baker o *La novia ensangrentada* (1972) de Vicente Aranda. Su recorrido por la mujer vampiro termina con las vampiras urbanas y postmodernas.

En último lugar Pilar Pedraza encuentra a la mujer representada en estado de putrefacción, o integrando los cuerpos de disección de un Instituto de Forense en distintas representaciones pictóricas, pone como ejemplos los cuadros *Muerta* (1885)

de Albert von Keller, o *El ángel de la anatomía* de L. Fini.

En definitiva, un repaso extraño, escrito con un estilo literario inquietante y seductor, desde el que ve a la mujer con una perspectiva que no coincide con lo políticamente correcto, pero que sin embargo esta ahí. La conciencia de los hombres cristaliza a través del arte, y Pilar Pedraza hace un repaso a la representación del cadáver femenino con todas sus asperezas para descubrir en que consiste esa obsesión artística. ■

---

por David Aparicio